



### III

#### *Jesucristo en el Santísimo Sacramento es nuestro Señor.*

*Ego enim sum Dominus Deus tuus.*  
Yo soy el Señor tu Dios.  
Ps. LXXX, 11.

1. Después del nombre augusto de Dios, que conviene únicamente al Ser infinito, no existe otro que corresponda esencial y propiamente al mismo Ser que el de Señor. En efecto: si investigamos el sentido propio de esta palabra observaremos que significa lo mismo que ser superior á otros, ó tener dominio sobre algunos. Nuestros diccionarios le dan el equivalente de «Dueño.» Ahora bien; si sólo Dios, absolutamente hablando, tiene perfecto dominio sobre todas las personas y cosas creadas; si sólo Dios, con exclusión de otro, es el Ser supremo, superior á todos los seres, claro es que sólo á Él convendrá con la mayor propiedad el epíteto de Señor.

Por cierto; allá en el cielo, los angélicos espíritus, formados en dos nutridos coros, uno en frente del otro, y pulsando sus doradas liras, cantan por eternidades al Ser supremo el divino Trisagio en el cual repiten, llenos de santo alborozo, este bello nombre; los regios ancianos, vestidos de blancas túnicas, deponen, al oírle, sus aureas coronas; y toda la corte celeste, entre aplausos mil, inclina reverente-

mente su frente al escuchar las bendiciones, los loores y alabanzas que se dan al Señor de los ejércitos.

Preciso nos es, para acompañar en espíritu á los moradores del empiro, que estudiemos el hermoso nombre que nos ocupa, é indaguemos si, *con motivo de haberse encarnado el Verbo divino, corresponde este apelativo á Jesucristo Sacramentado*, examinando en segundo lugar *de qué modo el Cordero Divino ejerce el ministerio de Señor en la S. Eucaristía.*

#### §. I.

2. Deseaba el Eterno que el pueblo hebreo saliese de la feroz tiranía de Faraón, para que le adorase en el lugar que le había señalado, y se valió al efecto del intrépido Moisés, quien fué enviado al monarca egipcio con la legación referida. El caudillo de Israel que, dispuesto á ejecutar con prontitud las órdenes divinas, ignoraba el nombre propio del que le enviaba, se atreve con actitud humilde á preguntar á Dios: ¿Si acaso me interrogan cuál es vuestro nombre, qué tengo de responder? «Yo soy el que soy,» añadió el Eterno. «Así dirás á los hijos de Israel:... El Señor Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob me ha enviado á vosotros,» y prosigue: «Este nombre tengo yo eternamente, y con el mismo nombre se hará memoria de mí en todas las generaciones» (1). Por manera que el Ser supremo antepone el título excelso de Señor al de Dios, ya que aquél declara efectivamente la excelencia, la dignidad, el imperio y el poder de ese Ser supremo á quien rendidamente adoramos. Se denomina Señor por su grandeza, y Dios porque sólo á Él debemos adorar.

Si yo intentara hacer mención del número de veces y de las memorables ocasiones que el Altísimo se da á conocer en las Sagradas Escrituras con el apelativo de Señor, sería asunto más que ímprobo, pues baste decir que todas sus bellas páginas, desde el principio hasta el fin de ese divino

(1) Exod. III, 15.  
Tomo VI



Libro, denominan á Dios con ese hermoso título. Moisés, Josué, David, todos los patriarcas y profetas del Testamento Viejo, siempre que hablaron con Dios ó contaron alguna de sus infinitas grandezas le llamaron Señor. Faraón empleó, asimismo, este sobrenombre al decir á Moisés: Id y sacrificad al Señor (1). Cuando el Eterno promulgó el decálogo se expresó de esta manera: «Yo soy el Señor tu Dios que te saqué de la tierra de Egipto» (2); y el arcángel, al anunciar á la Santísima Virgen el Misterio de la Encarnación no la dijo: Dios es contigo, sino: el Señor es contigo. (3).

3. El nuevo Testamento, á más de abundar en autoridades que corroboran el asunto presente, las refiere al Verbo encarnado, en sus diferentes manifestaciones evangélicas. Así es que la propia Madre de Dios, en su visita á Sta. Isabel, oye que ésta la dice en tono profético: «¿De dónde á mí que venga la Madre del Señor (4);» S. Juan Bautista no hacía otra cosa que exclamar en su predicación: Preparad los caminos del Señor; (5) y el Ángel, al anunciar á los pastores el nacimiento del esperado Mesías, les dice: Os ha nacido el Salvador, que es el Cristo Señor (6). S. Pedro en el Tabor, Marta en su propia casa, el Centurión en el Calvario, y los apóstoles en todas partes, conocen á Jesucristo por el apelativo de Señor.

Ahora, refiriéndonos al immaculado Cordero Sacramentado: ¿quién duda que no es el mismo Jesucristo que visitó la tierra y la enriqueció con su sangre (7)? Ved ahí por qué el Apóstol, hablando precisamente del Cuerpo y Sangre de Jesucristo, los apellida Cuerpo y Sangre del Señor. Ved ahí por qué la Iglesia santa en sus continuas oraciones, y los santos Padres en sus notables homilias conocen á Jesucristo por el sobrenombre de Señor. ¿Qué más? los fieles al hablar en particular del Santísimo Sacramento y de su fiesta,

- (1) Exod. X, 24.
- (2) Exod. XX, 2.
- (3) Luc. I, 28.
- (4) Luc. I, 43.
- (5) Luc. III, 4.
- (6) Luc. II, 11.
- (7) Ps. LXIV., 10.

no los conocen con otra denominación que «el Señor, y la Fiesta del Señor».

4. En efecto: Jesucristo Sacramentado es Señor de todos los hombres por ser su Creador. No hay otro Dios fuera del Ser supremo; (1) Él ha sacado todos los seres del caos; les ha dado vida; suyos son sin disputa. Y así como es Señor de los hombres por este motivo, también es Señor de los cristianos por ser su Redentor. ¿Qué esclavo no deberá llamar señor al que le compró y le puso en libertad? Pues Jesucristo nos compró á todos con el precio de su divina Sangre. Esclavos de Satanás por el pecado, gemíamos bajo su repugnante férula, amarrados al potro de inmundos vicios; Jesucristo arrancó de manos del infernal Dragón el poder usurpado, y, desatando nuestras fuertes ligaduras, nos favoreció con la hermosa libertad. Cristo nos dió la vida, y una vida mejor que la que gozábamos antes de caer en las garras de Lucifer; nuestra vida es la vida de hijos de Dios, pues tales somos con la adquisición que de nosotros ha hecho el Hombre Dios. Por eso somos los cristianos siervos del Señor. Finalmente, si Jesucristo es Señor nuestro por ser nuestro Redentor, asimismo lo es por ser nuestra Vida. ¡Ah! Todos los días morimos al separarnos del Salvador por el pecado grave, y Jesucristo Sacramentado nos devuelve mil veces la vida perdida, por medio del Misterio de los altares; pues si en la Cruz nos rescató de la muerte con su preciosísima sangre, en el Altar se nos aplican los méritos de la Cruz, y cada vez que celebramos ú oímos la Santa Misa, Cristo nos rescata de nuevo; obra en nosotros la resurrección de nuestras almas, al darnos dolor de nuestras culpas y propósito y valor para confesarlas en el Tribunal de la Penitencia. Con toda verdad, el Divino Salvador es nuestro Señor amoroso en el Misterio del Altar ya que tantos bienes nos ha granjeado.

## §. II.

5. Al persuadirnos de esta gran verdad necesitamos

- (1) Ps. XVII, 32.



profundizar todavía más nuestras meditaciones eucarísticas, á fin de poder conocer el modo sublime de que se vale Jesucristo en el Sacramento para ser nuestro buen Señor. La humildad es la firme base sobre la que se cimenta el señorío de Jesucristo. Ella, es verdad, obra milagros; pero estos milagros en el Salvador despiden unos fulgores tales, que los distinguen necesariamente de todos los demás. Jesucristo Sacramentado es absolutamente libre, pero no obstante se ha hecho esclavo del hombre; es dueño de los cielos y la tierra, y sin embargo se ha quedado en rehenes, aprisionado en el Tabernáculo; es poderoso, empero se muestra inofensivo é impotente; es santo, mas quiere morar entre los pecadores; es sabio, y guarda sepulcral silencio en el sagrario; es dueño de todos los seres, y desea ser mandado de los hombres; es eterno, y se encarna temporalmente en las puras entrañas de una Virgen; es inmenso, y se contiene en pequeña Hostia; es infinito, y queda como aniquilado en el Sacramento; es creador, y, á pesar de todo, gusta que el sacerdote le cree misteriosamente. Todo lo produce, y ¿quién lo creyera, si Jesucristo no lo hubiese ejecutado? se ha convertido en mantenimiento de la criatura. ¿Existe por ventura alguna cosa que sea más ordinaria que las que nos sirven de usual alimento? Sin embargo, ahí tenéis á Jesús Sacramentado que, aunque magnífico y sublime, determinó presentarse á los hombres en forma de comida, pero de comida celestial que sirviese para sustento del espíritu humano, lo cual no impide que aunque los efectos de la S. Eucaristía sean espirituales, empero las especies eucarísticas, como accidentes inmediatos, experimentan aquellas alteraciones y transformaciones á que están sujetas como tales; Jesucristo, empero, como reside en la Eucaristía á modo de substancia, queda intacto y hermosísimo como le ven los bienaventurados en el cielo. Pero bien; este acto de humildad tan grande, tan heróico, tan sublime que realiza Jesucristo en el Sacramento, constituye el sistema que Él ha inventado para ejercer su ministerio de Señor respecto de nosotros; sistema bello, sistema admirable que contrasta enormemen-

te con el sistema seguido por los que pretenden llamarse señores de la tierra.

**6.** En general, estos pretendidos señores desprecian la humildad, y al no basarse en el sólido cimiento de Jesucristo, su fábrica es vanísima; está á merced de los huracanados vientos del orgullo, de la soberbia, de la seducción, del dinero, del placer y del honor supuesto, que casi siempre se apoderan funestamente de individuos tales para dar con ellos en el precipicio. Se creen grandes con sus coches, sus vestidos, su mueblaje, sus títulos, su representación social, su hermosura; y efectivamente, por más que todas estas cosas no sean más que despreciables fruslerías, complicados juegos de adultos, vanidad suma que el cierzo de la desgracia arrebatada, que el sepulcro consume, y de los cuales, el mundo se ríe sin compasión, es cierto que pueden ser señores de tanta necedad, pero no lo son de lo que deben ser; pues el hombre, en tanto es grande, en tanto es verdadero señor en cuanto lo es de sí mismo, en cuanto lo es de sus pasiones. Y para ser señores de sí propios, el fundamento es Jesucristo Sacramentado, en la humildad que en la Santa Eucaristía demuestra; es esta preciosa virtud que hace á los individuos, pequeños en la acepción de los ignorantes, pero grandes en la de los cuerdos, y héroes ante Dios.

Pero hay más todavía; los señores modernos, salvo raras y honrosas excepciones, pretenden ser y llamarse señores de sus criados, á los cuales tratan con odiosa altanería, y á veces con despotismo insoportable. Yo bien sé que el dueño ó el amo de una casa merece una atención diferente que la que merece el criado; sé que debe colocarse á cierta prudente distancia de su servidumbre; sé que ésta debe obedecer, respetar y honrar á su amo: mas también sé que entre cristianos no hay categorías de señores y siervos, porque Jesucristo nos dió á todos el título de hijos adoptivos suyos; también sé que está reprobado por Dios el orgullo, el fausto, el desprecio de los demás, la injuria y el mal tratamiento; también sé que se nos ha prescripto la humildad, la



generosidad, la magnanimidad, la paciencia y el amor al prójimo. Finalmente, sé que Jesucristo reprobó la conducta de los reyes gentílicos, porque se enseñoreaban de sus pueblos, (1) gobernándolos con dureza y con el placer que produce la dominación, y que por esta razón ordenó á sus discípulos seguir el sistema contrario, esto es: que el que entre nosotros quiera ser mayor, sea en efecto siervo, á imitación del Señor que, siendo Dios y Dominador de todo lo criado, no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida por los hombres (2). Por seguir máximas opuestas, fruto corrompido del sensualismo mundanal, han caído en lamentable ceguera la mayor parte de los que pretenden llamarse señores de la tierra; y al resfriar su amor para con los criados, llámense dependientes ú operarios, éstos han llegado también á perder su paciencia. No queremos sufrir, dicen, tanta tiranía, tanto desprecio; y se levantan contra sus amos, dueños ó patronos, pretendiendo nivelarse con ellos para ser asimismo señores de otros; y lo que no consiguen con la fuerza de la razón lo quieren conseguir con la razón de la fuerza; y ved ahí explicada también la causa del mal-estar y del desorden de nuestros tiempos. Si los amos se humillaran más, no se elevarían tanto los criados; si los patronos bajaran un poco la cerviz, los obreros levantarían menos la suya. ¡Ah! es que para que exista la nivelación de clases deseada, sin quebrantar los principios de autoridad, de propiedad y de servidumbre, se hace absolutamente indispensable seguir estas máximas cristianas.

¿Y quién no las seguirá, viendo á nuestro Señor Jesucristo que se nos propone por modelo? Hoy que tan necesaria se hace la virtud de la humildad para pacificar todos los órdenes sociales; hoy que hace falta tanto en el gobernado como en el gobernante, en el obrero como en el patrono, en el hijo como en el padre, en el discípulo como en el profesor, en el fiel como en el sacerdote; hoy en que peligra el orden y el verdadero progreso social por falta de esta vir-

(1) Math. XX, 25.

(2) Math. XX 27, 28.

tud sublime ¿por qué no la copiamos de Jesucristo Sacramentado en quien heroicamente resplandece? Jesucristo, siendo Señor, se ha humillado doblemente para que sus discípulos aprendiesen también á humillarse. En todos los pasos, en todos los momentos de su encarnación, natividad, vida, pasión, muerte y resurrección, y muy en particular, en todos los momentos, en todas las circunstancias de su Vida sacramental, de su Vida eucarística, brilló y brilla aún con esos fulgores que deslumbran al racionalista é iluminan al creyente. Por medio de su Vida pasible se constituyó siervo nuestro durante treinta y tres años; por medio de su Vida eucarística se constituye perennemente nuestro siervo. Un esclavo no se halla tan sujeto á su dueño, como Jesucristo Sacramentado lo está á los hombres. Como el esclavo, el Salvador recibe paciente y silencioso amores y desatenciones, consuelos y pesares, finezas y descortesías, dulces besos y golpes horribles; pero á diferencia del esclavo recibe todo esto, no por espacio de cuarenta ó sesenta años, sino por espacio de muchos siglos, no de un dueño ó tirano, sino de millares de ellos. ¡Cuán divina es la humildad de Jesús y qué sabio su heroico ejemplo!

Aprendamos del Salvador, no sólo á no dejarnos llevar del aire viciado del orgullo y de la ambición, sino á amar sus prácticas humildes para imitarlas en la vida tanto pública como privada. Que sea Jesucristo Sacramentado nuestro único Señor, y dejémonos de pretender este título para nosotros, porque á un cristiano, ni le debe honrar este título ni mucho menos sus efectos. No importa que el mundo no se acuerde de nosotros y que nos llame locos, porque ciertamente el mundo con sus familiares van uncidos al carro del frenesí; la locura verdad es su gran patrimonio; en ella viven y se deleitan; al término de sus días proferirán horriblemente aquel pavoroso *Erravimus*, que, cual terrible lema, se halla con negros caracteres escrito en el dintel del infierno; pero, entonces.... no habrá remedio. Jesucristo Sacramentado sea ahora y siempre nuestro Señor y nuestro modelo, cuyo nombre sea eternamente santo.



## EJEMPLO

El estupendo prodigio que voy á referir confirma elocuentemente la doctrina que precede. Cierta hereje albigense de la provincia de Narbona (Francia) persuadió á un simple pescador á que, si deseaba salir ganancioso en su oficio, se procurase una Hostia consagrada y la arrojase á un pescado. El infeliz lo efectuó así, no sin gravísimo remordimiento, aprovechando la circunstancia de haber comulgado; y pasados que fueron veinte años, al contemplar un día la procesión solemne del Santísimo Sacramento, el Dios misericordioso se movió á compasión de su propio ofensor y le concedió el arrepentimiento de sus culpas. Confesóse inmediatamente con mucho dolor, mas el confesor le declaró que mientras el Sr. Obispo no facultase, no podía absolverle. El mismo sacerdote se personó ante su Ordinario y le pidió esta gracia. Antes, empero, que fuese concedida, ocurrió la solemnidad Pascual, y, deseando con grandes ansias recibir al Señor, visitó de nuevo á su confesor quien le disuadió de su buen propósito hasta que llegase la autorización solicitada. Entristecido el pescador, y reflexionando que su criminal proceder había sido el causante de la negativa, pensó dirigirse á aquel lugar del río donde había arrojado la Sta. Hostia, y, al llegar allí, notó con pasmo que de la orilla contraria venía con dirección á sí un enorme pez llevando en su boca una Sagrada Forma. Aturdido el pescador, corrió á notificar el caso al párroco, y ambos se personaron en el lugar del prodigio, pero nada observaron en el momento: á pocos minutos se repitió el milagroso espectáculo, y el pez, llegándose á la orilla, se dejó coger mansamente del ministro de Dios. Éste depositó con reverencia el Santísimo en un copón, y tomando al pez lo llevó consigo para testimonio del portentoso. He ahí cómo esta irracional criatura, no sin particular providencia divina, reconoció la Majestad de Jesús que en la Santísima Eucaristía se nos muestra Señor de todos los vivientes.



## IV

*Jesucristo en el Santísimo Sacramento  
es nuestro Hermano.*

*Non confunditur eos fratres vocare.*

HEB. II, 11.

No tuvo rubor de llamarles hermanos.

1. Esta es la cariñosa frase que el Apóstol emplea para formar el más sublime panegírico de la fraternidad existente entre el Salvador y sus discípulos. Al ocuparse de la esfera altísima á que había llegado el hombre mediante la Encarnación del Hijo de Dios, y haciéndose eco de las palabras que el real vate pronunciara, asegura que Jesucristo hizo al cristiano un poco menor que los ángeles, que á semejanza del primer racional le colmó de inmortal gloria y de honor inmerecido, y que le otorgó perfecto dominio, aunque temporal y como sujeto á responsable y severa mayordomía, de todas las cosas. Jesucristo, empero, ha sido entre los fieles el primero á quien correspondió por divina procedencia la dotación de semejantes bienes; y Él, por esta igualdad de herencia, quiso declarar de una manera solemne que sus discípulos, á más de hijos, eran sus hermanos. Ved ahí por qué el Apóstol manifiesta que el que santifica, que es el Hijo de Dios, y que los santificados, que somos nosotros, procedemos de un mismo tronco, aunque no por naturaleza, sino por adopción, y participamos de igua-